

Lecturas patrióticas.

GLORIAS DE ESPAÑA

QUINTANA

EL CID CAMPEADOR

Preco: 10 cts.

MADRID
VELÁZQUEZ, 56

G-F 7389

Núm. 22.º



D 6 C L
A

GLORIAS DE ESPAÑA

EL CID CAMPEADOR

NARRACIÓN HISTÓRICA

POR

D. Manuel José Quintana.



MADRID

Oficinas de «La Última Moda.»

VELÁZQUEZ, 56

C. 1167875
B. 101475



EL CID CAMPEADOR



R.91455



El Cid Campeador

Cuando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe más que sombras, donde están confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la más diligente crítica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si después de una prolija indagación se cree haber descubierto la verdad en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los escritores sino una serie más ó menos coordinada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante oscuridad se divisa un campeón, cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz, llamado comunmente el *Cid Campeador*, objeto de inagotable admiración para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisa-

dos á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas á la memoria del Cid, que sin ellas la relación de su vida parecerá á muchos desabrida y desnuda de interés. La imaginación hallaba allí un alimento apacible, y veía señalados todos los pasos de este personaje con circunstancias maravillosas y singulares. Aquel desafío con el conde de Gormaz, los amores y persecución de su hija, el dictado de *Cid* con que le saludan los reyes moros cautivos, su expedición bizarra á sostener la independencía de Castilla contra las pretensiones orgullosas del emperador de Alemania: todo preparaba el ánimo á la admiración de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos, adoptados imprudentemente por la historia, han sido confinados á las novelas, á los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo, por ser menos singular en su juventud, no se presenta menos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Burgos, hacia la mitad del siglo XI, de D. Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes á D. Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y á Lain Calvo, juez de Castilla. Reinaba entonces en esta provincia Fernando I, que, reuniendo en su mano el dominio de León, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que después gozó la nación castellana sobre las demás de la Península. Este monarca tuvo cinco hijos, y á todos quiso dejarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual división que hizo su padre, el rey de Navarra D. Sancho el Mayor, ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos había en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer reyes á sus hijos labró la ruina de dos de ellos y sumió al Estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la partición Castilla á Sancho, León á Alfonso y Galicia

á García; las dos infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, ésta con la ciudad y contornos de Toro, aquélla con Zamora, y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta división y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamás respetada por la ambición, y nunca menos que entonces; porque D. Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia á sus hermanos, luego que murió su padre revolvió el pensamiento á despojarlos de su herencia y á ser el único sucesor en el imperio del rey difunto.

Era entonces muy joven Rodrigo Díaz (1065), huérfano de padre; y D. Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez había hecho al Estado, tenía á su hijo en su palacio y cuidaba de su educación. Esta educación sería toda militar; y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragón y en la batalla de Grados, donde el rey D. Ramiro fué vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el Rey, que para honrarle le había armado poco antes caballero, le hizo alférez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo quo después lo fué la dignidad de condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento á la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores están discordes sobre á quién de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinión común, que designa á don Alfonso como la primera víctima. Sus Estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que éste quisiese atacar antes al más lejano. La lucha no podía durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El rey de Castilla, ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho más grande, con una destreza militar superior á la de todos los generales de su tiempo, debía arrollar fácilmente al de León, mucho más débil, muy joven todavía y falto de práctica en

las cosas de la guerra. Mas no por eso este príncipe se dejó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situación desesperada, junta nuevo ejército, y vuelve á encontrar á su hermano á vista de Carrión. Su ímpetu fué tal, que los castellanos, rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, lejos de perder el ánimo, aconseja al Rey que, reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche á sus vencedores.—«Ellos, le dijo, se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va á destruirlos.» Hecho así, los castellanos, puestos en orden por Rodrigo y el Rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan á ofender ni á defenderse, y se dejan matar ó aprisionar. Alfonso huyendo se refugia en la iglesia de Carrión, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el reino y á salir desterrado á Toledo, entonces poseída de los moros.

La guerra de Galicia fué más pronta y menos disputada (1071), aunque con más peligro de D. Sancho. Su hermano García tenía enajenadas de sí las voluntades de sus vassallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del Rey, á quien había abandonado toda la administración, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, á los ojos mismos del monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones y mal avenidos, no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó D. García á Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle ó vinieron á defenderle, quiso probar fortuna junto á Santarez, y dió batalla á su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio les favoreció: D. Sancho se vió en poder de sus enemigos; y García, dejándole entregado á unos çaballeros, voló á seguir á los fugitivos. Entretanto, el Cid

con su hueste, aún entera, acometió á la parte donde estaba el rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y poniéndose á su frente, salió á buscar á D. García. Volvía éste de su alcance cuando le anunciaron el vuelco que habían dado las cosas, y sin desmayar por ello acometió á los castellanos; pero, á pesar de su esfuerzo, vióse arrancar la victoria que ya tenía, y precisado á entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó del reino y libertad y le envió al castillo de Luna.

Sería mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambición desenfrenada, que olvida enteramente los lazos más sagrados de la alianza, de la compasión y la sangre. Señor de Castilla, de Galicia y de León, Sancho II no se consideraba rey si no poseía también la corta porción de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro á Elvira, y puso sitio sobre Zamora. Aquí la suerte le tenía guardado el término de su carrera; y el terror de tantos reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca mujer. Cuando más apretado tenía el sitio, Vellido Dolfos, un soldado de Zamora, salió de la plaza á manera de desertor, ganó la confianza del Rey, y sacándole un día para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podía facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo, y huyó á toda carrera de Zamora. Dícese que Rodrigo, viendo de lejos huir al asesino, y sospechando su alevosía, montó á caballo aceleradamente, y que por no llevar espuelas no pudo alcanzarle, de lo cual irritado, maldijo á todo caballero que cabalgase sin ellas.

Mas, dejando aparte todas las fábulas que se cuentan de este sitio (1072), luego que fué muerto D. Sancho los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando el cadáver, que fué llevado á sepultar en el monasterio de Oña. Entretanto, don

Alfonso, avisado de aquella gran novedad, partió á toda prisa de Toledo á ocupar los Estados del difunto. En León no hubo dificultad ninguna; y en Galicia, aunque D. García pudo escaparse de su prisión y trató de volver á reinar, fué arrestado otra vez; y D. Alfonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó á prisión perpetua y ocupó su trono. Castilla presentaba mas obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su rey, no querían rendir vasallaje á Alfonso mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se había cometido sin participación suya. Avínose el Rey á hacer la protestación solemne de su inocencia; mas ninguno de los grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Sólo Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su nación en la ceremonia, y ésta se celebró en Santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el Rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: «¿Jurais, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho por mandato ni por consejo? Si jurais en falso, plega á Dios que murais de la muerte que él murió, y que os mate un villano y no caballero.» Otorgó Alfonso el juramento con otros vasallos suyos, y repitióse otra vez, mudándosele en ambas el color al Rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche también esta incidencia como una fábula; pero además de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tan bien con las costumbres pundonorosas del tiempo, hace tanto honor á Rodrigo, y da una razón tan plausible del rencor que toda su vida le tuvo el Rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo, enlazado con la familia real por su mujer doña Jimena Díaz, hija de un conde de Asturias, acompañó al rey en sus primeros viajes, fué nombrado campeón en varios pleitos que, según la jurisprudencia de

entonces, habían de decidirse por las armas, y fué enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las parias que sus príncipes pagaban á Castilla.

Hacíanse entonces guerra el rey de Sevilla y el de Granada, á quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venían la vuelta de Sevilla para combatirla, y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su rey, ellos despreciaron su aviso y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entonces salió á su encuentro al frente de los sevillanos, los atacó junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente, y volvió á Sevilla, cuyo príncipe no sólo le entregó las parias que debía, sino que le colmó de presentes, con los cuales honrado y enriquecido volvió á su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragón, valiéndose de la ausencia del rey, entraron por los Estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gormaz; lo cual sabido por Rodrigo, aún no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos con su hueste, y no sólo les tomó cuanto habían robado, sino que, revolviendo hacia Toledo, hizo prisioneros hasta 7.000 hombres, con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo á Castilla. Era el rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo éste y toda su corte llevaron á mal la expedición del Cid.—«Rodrigo—decían los envidiosos—ha embestido las tierras de Toledo y roto los pactos que nos unían con aquella gente, para que irritados con su correría, nos cortasen la vuelta en venganza y nos hiciesen perecer.» Alfonso entonces, dando rienda suelta al enojo que le tenía, le mandó salir de sus Estados, y él abandonó su ingrata patria con los pocos

amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna (1076).

El poder de los moros en aquella época había degenerado mucho de su fuerza y extensión primitiva. Extinguido el linaje de los Abenhumeyas, que dominaron á todos los árabes de España, su imperio se desmoronó, y cada provincia, cada ciudad, cada castillo tuvo su reyezuelo independiente, casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados por otra parte, con el regalo del clima, y entibiado su fanatismo, estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime que en los primeros tiempos había espantado y dominado la mitad del universo. Nuestros príncipes, al contrario, se extendían y aseguraban, y contemplando la diferente posición de las dos naciones, se extraña cada vez más que nuestros ascendientes no arrojasen más pronto de la Península á los moros. Pero los reyes y los pueblos que debieran emprenderlo, estaban más divididos entre sí que debilitados sus enemigos; y la partición impolítica de los Estados, las guerras intestinas, las alianzas con los infieles, los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacían, todo contribuyó á alejar la época de una reunión en que estaba cifrada la restauración de España.

En tal situación de cosas no es difícil de presumir, á pesar de la oscuridad de los tiempos y la contrariedad de los escritores, cuál fué la suerte del Cid después de su destierro. Cuando una región se halla dividida en Estados pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ella caudillos que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria acuden guerreros de todas partes á sus banderas, y aumentando el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los más fuertes. Los régulos que los temen ó los necesitan, compran su amis-

tad y su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes; los que les resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningún príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es enseguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distinción de aliado y de enemigo, son vejados con sus extorsiones ó inhumanamente robados y oprimidos. Héros para los unos, foragidos para los otros, ya terminan miserablemente su carrera, cuando deshecho su ejército, se deshace su poder; ya, dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo XVII; tales los capitanes llamados *condottieri* por los italianos, en los dos siglos anteriores; y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con más gloria y quizá con más virtud.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época, daría materia á un cuento interesante y agradable, pero fabuloso; las memorias históricas, al contrario, no presentan más que una sucesión de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interés. Su narración, seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaría al historiador, sin instrucción alguna ni placer de los lectores. Por tanto, parece que bastará decir lo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se dirigió primero á Barcelona, y después á Zaragoza, cuyo rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dejando divididos sus dos Estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos, Almuctaman y Alfagib. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que contra ella intentaron Alfagib, el rey de Aragón D. Sancho Ramírez, y el conde de Barcelona Berenguer, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuctaman. Sus enemigos, ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y

el rey de Zaragoza, cediendo á su campeón toda la autoridad en el Estado, colmándole de honores y de riquezas, aún no creía que acertaba á galardonar tantos servicios.

Así se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel príncipe; después se resolvió á volver á Castilla, y el Rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo que acababa de hacer (1088), le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hizole muchas y grandes mercedes; entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribución los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres; se entró por tierras de Valencia, libró á esta ciudad del sitio que tenía puesto sobre ella el conde Berenguer, y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó á Requena, donde se detuvo algún tiempo.

Inundaban entonces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecía que la buena fortuna de los árabes, viéndoles tan humillados en la Península, había suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que á manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucía. Criados á la sombra del fanatismo y de la independencia, y sacudidos después por la ambición, los almoravides salieron del desierto de Zahara conducidos por Abubeker, su primer jefe: entraron en la Mauritania, donde ganaron á Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta el Estrecho, ocupando á Tánger y á Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó á Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolín ó comandante de los musulmanes. Quizá el mar hubiera contenido esta plaga; pero el rey de Sevilla, Benavet, la llamó sobre sí, creyendo que con su auxilio se haría señor de todas las provincias que en España poseían los moros.

Era suegro de Alfonso VI por su hija Zaida, casada con el monarca castellano, y esta grande alianza exaltó de tal modo su ambición, que ya no cabía en los Estados que pa-

cíficamente le obedecían. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxilio que se pidió á Jucef. Los almoravides vinieron mandados por Alí, capitán valiente, ejercitado en la guerra y locamente ambicioso, y su venida á nadie fué más fatal que á los imprudentes que los llamaron. Por una ocasión ligera los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo Rey fué muerto en la refriega; y Alí, apoderándose del Estado que había venido á auxiliar, hizo obedecer su imperio á todos los moros españoles, negó vasallaje á Jucef, y se hizo también llamar Miramamolín. Para acabarle de desvanecer la fortuna, en el poco tiempo que le favoreció dos veces se encontraron los castellanos con él, y dos veces fueron vencidos: la una en Ronda, y la otra en Badajoz, donde el rey Alfonso mandaba en persona. Pero este príncipe, más estimable aun en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes y acometió al usurpador á tiempo que desbandado su ejército no pudo hacer frente á los cristianos, y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado allí, no vió otro arbitrio para salvarse que comprar á gran precio la paz de sus enemigos y hacerse tributario suyo. Pero ni aun así pudo corregir su mala estrella; porque de allí á poco Jucef, respirando venganza, pasó á España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominación en la Andalucía toda, y se dispuso á seguir las conquistas de su gente en el país (1).

Con un ejército poderoso, compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los reyes tributarios suyos, se puso sobre

(1) Estos primeros sucesos de los almoravides en España, especialmente en lo relativo á las revoluciones de Sevilla y guerras de Extremadura, se cuentan con mucha diversidad en la *Historia de los árabes españoles*, publicada por Conde, tomo II, capítulos 12 y siguientes. Pero como en esta diversidad no hay nada que se refiera á los sucesos de Rodrigo Díaz, se ha dejado subsistir la relación del texto tal cual se extractó de nuestros escritores, siendo bastante advertirlo aquí para que el lector pueda, si quiere, consultar la obra de Conde y conocer lo que unos y otros dicen.

la fortaleza de Halaet, llamada *Alid* por los árabes, que hacen mención de este sitio en sus historias, y hoy día conocida con el nombre de *Aledo*. Alfonso, que prevenía en Toledo tropas para marchar contra Jucef, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él, y le dió orden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde había de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su unión, sea descuido, sea error, ésta no se verificó, y el rey con sólo su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aquí fué donde sus enemigos, hallando ocasión favorable al rencor que le tenían, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonso, que, no contento con desterrar otra vez al Cid de sus Estados, ocupó todos sus bienes y puso en prisión á su mujer y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la corte á retar ante el rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor, Mas su satisfacción no fué admitida, bien que ya más apaciguado el ánimo del príncipe permitió á doña Jimena y á sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo, el cual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por sí mismo.

Ni Alfigid, rey de Denia, ni el conde Berenguer podían perdonarle sus antiguas afrentas (1089); el Conde, principalmente, hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasión de ello en las tierras de Albarracín. Hechas paces con el rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia y asistido con un número crecido de guerreros, Berenguer fué á encontrar á Rodrigo, que con su corto ejército se había apostado en un valle defendido por unas alturas. El rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus Estados, le avisó del peligro que corría. Él contestó que agradecía el aviso y que esperaría á sus enemigos, cualesquiera que fuesen. El Conde tomó su camino por las montañas, llegó cerca de donde estaba su adversario, y

creyendo ya tenerle destruído con la muchedumbre que le seguía, le envió una carta para escarnecerle y desafiarse.

Decíale en ella que si tanto era el desprecio que tenía hacia sus enemigos, y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se bajaba á lo llano y dejaba aquellos cerros donde estaba guarecido, más confiado en las cornejas y en las águilas que en el Dios verdadero?—«Desciende de la sierra, le decía, ven al campo, y entonces creeremos que eres digno del nombre de Campeador; si no lo haces, eres un alevoso, á quien de todos modos vamos á castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones.» A esto respondió Rodrigo que efectivamente despreciaba á él y á los suyos, y los había comparado siempre á mujeres, largas en palabras y cortas en obrar.—«El lugar más llano de la comarca, le decía, es este donde estoy; aún tengo en mi poder los despojos que te quité en otro tiempo; aquí te espero, cumple tus amenazas, ven si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasión llevaste.»

Con estas injurias enconados más los ánimos, todos se apercibieron á la pelea. Los del Conde ocuparon por la noche el monte que dominaba el campamento del Cid; y al rayar el día embisten atropelladamente dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas á punto de batalla, sale de sus tiendas y se arroja á ellos con su ímpetu acostumbrado. Ya ciaban, cuando el Cid, caído del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado á su tienda por los suyos, y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota, lo fué entonces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su general, y arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes; gran número de ellos fueron muertos, cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el Conde y sus principales cabos; y todo el bagaje y tiendas cayeron en poder del vencedor.

Berenguer fué llevado á la tienda de Rodrigo, que senta-

do majestuosamente en su silla, escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero: sin responderle benignamente y sin consentirle sentarse. Ordenó á sus soldados que le custodiasen fuera; pero también mandó que se le tratase espléndidamente, y á pocos días le concedió la libertad. Tratóse luego del rescate de los demás cautivos. En los principales no hubo dificultad, pero ¿qué habían de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su libertad por una suma alzada, y partieron despues á recogerla á su patria. Parte de ella trajeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no sólo los dejó libres, sino que les perdonó todo el rescate: acción excesivamente generosa, pues en la situación á que sus enemigos le habían reducido, su subsistencia y la de su ejército dependía enteramente de los rescates, de los despojos y de las correrías.

La suerte, al parecer, mejoraba entonces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravides, que habían ocupado á Granada y buena parte de Andalucía. La reina D.^a Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el Rey y le auxiliase en su expedición, pues de este modo volvería á su favor y á su gracia. Sitiaba el castillo de Liria cuando le llegó este aviso; y aunque tenía reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el Rey. Alcanzóle en el reino de Córdoba, junto á Martos; y Alfonso, oyendo que venía, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el Rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó más adelante en lo llano, lo cual al instante fué tenido á mal por el rencoroso Monarca, el cual decía á sus cortesanos:—«Ved cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detrás de nosotros como si estuviese cansado, y ahora se pone delante como si se le debiese la pre-

ferencia.» La adulación respondía que sí; y era por cierto bien triste la situación de aquel noble guerrero, el cual no podía ni ir detrás ni ponerse delante sin que moviese un enojo ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el ejército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al Africa, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió á Castilla, siguiéndole Rodrigo: al llegar al castillo de Ubeda (1092), el Príncipe dió rienda á su enojo disimulado; ultrajó al Cid con las palabras más injuriosas; le imputó culpas que no tenían realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban más á cada momento. Rodrigo, que había sufrido con moderación las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano.

No es posible comprender bien este odio tan enconado y constante en un príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes y bravo por su valor; justo en su gobierno y atinado en sus empresas; comedido y moderado en la fortuna; firme y esforzado en la desgracia; el primero de los reyes de España, y uno de los más ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia, no sufría junto á sí á un héroe, el mejor escudo de su Estado y el mayor azote de los moros. ¿Era envidia, era preocupación, era venganza? La oscuridad de los tiempos no lo deja traslucir; pero las circunstancias con que esta aversión ha llegado á nosotros la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel monarca.

Muchos de sus compañeros abandonaron entonces al Cid por seguir al Rey; y él, triste y desesperado ya de toda reconciliación con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo, probablemente, de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus días. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacatell, le

fortificó con todo cuidado, y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde allí, el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió á todos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el rey de Aragón, le debió, como en otro tiempo, su salud, pues en consideración á Rodrigo hizo la paz aquel príncipe con ella. Después, ensoberbecido con esta consideración y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo á la venganza, y quiso humillar á su mayor enemigo.

Era éste D. García Ordóñez, conde de Nájera, comandante en la Rioja por el rey de Castilla; la segunda persona del Estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia real, por sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del odio que el Rey le tenía, y causador de sus destierros. Rodrigo, pues, entró en la Rioja (1094) como en tierra enemiga, taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres; ¿qué culpa tenían estos infelices de los malos procedimientos del Conde? Pero siempre los errores y pasiones de los grandes vienen á caer sobre los pequeños. El Cid, irritado, no escuchando más que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la tortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse á su obediencia. Don García, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete días: él esperó; mas las tropas del Conde, al acercarse, se dejaron vencer del miedo, y no osaron venir á batalla con el campeón burgalés.

Satisfecho su enojo, y rico con el botín, dió la vuelta á Zaragoza, donde supo que los almoravides se habían apoderado de Valencia: y entonces fué cuando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, bajo el cielo más alegre y el clima más sano y templado de España, era llamada por

los moros su paraíso. Pero este paraíso había sido en aquellos tiempos bárbaramente destrozado por el mal gobierno de los árabes y sus divisiones intestinas. Fué siempre considerada como una dependencia del reino de Toledo, y en tiempo de Almenón gobernada por Abubeker con tal madurez y prudencia, que los valencianos, cuando murió este árabe, dijeron «que se había apagado la antorcha y oscurecido la luz de Valencia.» Hiaya, hijo de Almenón, reinaba en Toledo cuando Alfonso la ocupó; y uno de los partidos que sacó al rendirse fué que los cristianos le pondrían en posesión de Valencia, donde se creía que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querría dejar. Pero Abubeker falleció entonces, é Hiaya, siendo admitido pacíficamente á la posesión del reino, con él entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente y es peor obedecido aquel que, perdiendo un Estado, se pone á gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la flojedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habían salvado de los dos reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia; pero no pudieron librarle del odio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, y mucho más cuando vieron la cabida que daba á los cristianos y los tesoros que les repartía, acumulados á fuerza de tiranía y de vejaciones odiosas. Viendo, pues, ocupado al Cid en su expedición de la Rioja, entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictamen de Abenjat, alcaide que era de la ciudad, resolvieron llamar á los almoravides, que á la sazón había tomado á Murcia. Vinieron ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante de Valencia, que á pocos días les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso á favor del tumulto salvarse del peligro; y abandonando su alcázar, á cuyas puertas ya arrimaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en traje de

mujer, y se acogió á una alquería. Allí fué hallado por Abenjaf, que sin compasión alguna le cortó la cabeza, y mandó arrojar á un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser rey.

Entretanto, la fama de esta revolución llegó al Cid, que irritado de la muerte de su amigo, y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla ó Juballa, ya muy fuerte por su situación, pero mucho más con las obras que hizo construir en él; y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío, salió con sus gentes, sentó sus reales junto á la ciudad, destrozó todas las casas de campo y taló las mieses. Los moradores, afligidos de tantos estragos, le pedían que cesase en ellos: él les puso por condicion que echasen de Valencia á los almoravides; pero ellos ó no podían ó no querían, y se volvieron á encerrar y á fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le había intimado insolentemente que no entrase en Valencia; pero Rodrigo, acostumbrado á despreciar la vana arrogancia de los reyes, después de volverle en su carta insulto por insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de Africa de miedo; y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponía contra él, estrechó el sitio con el rigor más terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y después embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiesen á la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíanse los valencianos como leones, y rebatidos los cristianos que asaltaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron y dieron sobre sus enemigos. Entonces el Cid, formando de los suyos un escuadrón solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dejar descan-

sar un momento ni á moros ni á cristianos, les dió tan riguroso combate, fué tal la mortandad, y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro á gritar: «Paz, paz». Cesó el estrago, y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó á los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero mientras los dos arrabales, por su rendición y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veía reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias á la vida. Constreñidos al fin por la necesidad de sus moradores, ofrecieron echar á los almoravides de allí y entregarse á Rodrigo, si dentro de cierto tiempo no les venían socorros del Africa. Con estas condiciones consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid á hacer algunas correrías en los contornos de Pinnacatel, donde encerró todo el botín que había cogido, y después pasó á las tierras del señor de Albarracín, y las estragó todas, en castigo de haberse rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el socorro de Jucef, intimó á los valencianos el cumplimiento de lo pactado; pero ellos se negaron á rendirse, fiando en el auxilio que todavía aguardaban. Vino con efecto un ejército de almoravides á sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hicieron, y se desbandaron, dejando á Valencia en el mismo aprieto que antes.

Valor y constancia no faltaban á sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asestaba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió, y hubo día en que, precisado á recogerse en un baño contiguo á la muralla para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron en aquel baño, y le hubieran muerto ó preso á no haber tomado el partido de aportillar una de las paredes y romper por la abertura

con los que le acompañaban. Mas el hambre espantosa que los afligía, era un enemigo más terrible que las armas del Campeador: seguro de domarlos por ella, había mandado que se diese muerte á todos los moros que saliesen de Valencia, y obligado por fuerza á entrar en la plaza á los que con ocasión de la tregua estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares más vilés y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se arrojaban desesperados desde los muros á ver si hallaban compasión en los enemigos, que cumpliendo el decreto del sitiador inflexible les daban muerte cruel á vista de las murallas para escarmentar á los otros. Ni la edad ni el sexo encontraban indulgencia: todos perecían, á excepción de algunos que á escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace á veces de sus fuerzas, al contemplar estos ejemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos más cultos están exentos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces menos aborrecibles y crueles. Al fin, perdida la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza á condiciones harto moderadas: pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguía. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció también trágicamente de allí á pocos días, ya por el odio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso castigar de este modo la alevosía hecha á su antiguo amigo (1094) (1).

(1) Estas muertes trágicas de los régulos de Valencia se cuentan de muy diverso modo en la *Historia de los drabes*. Primeramente son dos los Hiayas de que allí se habla, y no uno solo, y ambos mueren sucesivamente peleando contra los almoravides en defensa de Valencia. La muerte de Abenjaf es harto más triste, el año de la toma de la ciudad por el Cid, y cuando estaba más seguro por las capitulaciones: fué preso de repente con toda su familia, y después llevado á la plaza pública, donde por mandado de su inhumano vencedor se le enterró hasta la mitad del cuerpo, y así fué quemado vivo, en venganza de no descubrir los tesoros que los Hiayas habían dejado. (Véanse los capítulos 21 y 22 de la *Historia de los drabes*, por Conde).

Así acabó Rodrigo aquella empresa, igual á la conquista de Toledo en importancia, superior sin dificultades, y mucho más gloriosa al vencedor. Toledo había sido sojuzgada por el Rey más poderoso de España, con cuyos Estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extranjeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma, socorrida por el Africa, llena de pertrechos y de riquezas, fué vencida por un caballero particular sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas á seguirle. Mas lo que parecía temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fué resolverse á mantener aquella conquista, á pesar de las enormes dificultades que lo contradecían. Para ello, lo primero á que atendió fué á establecer una buena policía en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen bien entre sí. La *Crónica general* contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las fábulas que refiere el Cid. Él prescribió á los suyos el porte cortés y honroso que debían tener con los vencidos, de modo que éstos, prendados de aquel trato tan generoso, decían «que nunca tan buen hombre vieron, ni tan honrado, ni que tan mandada gente trajese.» Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no los impuso más contribuciones que las que anteriormente solían pagar. Dos veces á la semana oía y juzgaba sus pleitos.—«Venid, les decía, cuando querais, á mí; y yo os oiré; porque no me aparto con mujeres á cantar ni á beber, como hacen vuestros señores, á quienes jamás podeis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas, y ser vuestro compañero, y guardaros bien, como amigo á amigo y pariente á pariente.» Volvió después la atención á los cristianos, y temiendo que, ricos con la presa que habían hecho, no se desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fué convertida en catedral, y nombró por obispo de ella á un eclesiástico llamado don Jerónimo, á quien los historiadores hacen compañero de

aquel D. Bernardo que fué colocado en la silla de Toledo después de ganarse esta ciudad á los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando ejércitos numerosos á destruirle. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con los fuerzas solas del Cid, y derrotados después completamente por él y D. Pedro, rey de Aragón, en las cercanías de Játiva. Estas dos victorias, y la rendición de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció cinco años después de la conquista de aquella capital (1099), que aún se mantuvo todavía casi tres por los cristianos bajo la autoridad y gobierno de doña Jimena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella, y la estrecharon tanto, que á ruego de la viuda de Rodrigo tuvo Alfonso VI que acudir á socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle, y él, considerada la situación de la ciudad y la imposibilidad de conservarla en su dominio, por la distancia, sacó de allí á los cristianos con todos sus haberes, entregó la población á las llamas, y se los llevó á Castilla.

Dejó el Cid, de su esposa doña Jimena, dos hijas, que casaron, una con el infante de Navarra, y la otra con un conde de Barcelona; algunas memorias le dan también un hijo que murió muy joven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fué sacado de Valencia por su familia al retirarse de allí, y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardeña junto á Burgos, donde aún se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viajeros con admiración y reverencia.

Tal es la serie de acciones que la historia asigna á este caudillo, entre la muchedumbre de fábulas que la ignorancia añadió después. Todas son guerreras, y su exposición

sencilla basta á sorprender la imaginación, que apenas puede concebir quién era este brazo de hierro que arrojado de su patria con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamás se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos Estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que adonde quiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *mio Cid*, *el que en buen hora nació*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenían, del honor y ventura que en él se imaginaban. A primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputación, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religión, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los más deliciosos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquía hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsión total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

Romances del Cid.

Insertamos á continuación tres de las más célebres composiciones que figuran en el rico é interesante *Romancero del Cid*. Pueden considerarse todas ellas como girones de la épica leyenda del Campeador, que aparece en su forma más antigua y característica en el venerable poema de *Myo Cid*, y sufre luego variadas transformaciones, que van sucesivamente alterando, no sólo las hazañas. sino la significación del héroe castellano.

En el siguiente romance se da por supuesto que Diego Laynez, el padre de Rodrigo, ha sido abofeteado por el conde Lozano:

Cuidando Diego Laynez
En la mengua de su casa
.....
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos días
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos,
Antes les niega la fabla
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infamia.
.....
Para usar de esta experiencia
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos
Y sin decilles palabra,
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas

Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España;
Nin prestando al honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fría sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron:—Señor, basta,
¿Qué intentas ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendía,
Que á dó no piensa se halla,
Encarnizados los ojos
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha fuerza y denuedo
Le dice aquestas palabras:
—Soltides, padre, en mal hora,
Soltides, en hora mala,
Que á no ser padre no hiciera
Satisfacción de palabras,
Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.—
Llorando de gozo el viejo
Dijo:—Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja
Y tu indignación me agrada.
Esos brios, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor, que está perdido,
Si en tí no se cobra y gana.—
Contóle su agravio y dióle
Su bendición y la espada
Con que al conde dió la muerte
y principio á sus fazañas,

En el romance que copiamos á continuación, se ve la nobleza del Cid, al elogiar el valor en sus enemigos.

Riberas del Duero arriba
Cabalgan dos zamoranos.
Las divisas llevan verdes,
Los caballos alazanos,
Ricas espadas ceñidas,
Sus cuerpos muy bien armados,
Adargas ante sus pechos,
Gruesas lanzas en sus manos,
Espuelas llevan ginetas
Y los frenos plateados.
Como son tan bien dispuestos
Parecen muy bien armados,
Y por un repecho arriba
Salen más recios que galgos,
Y súbenlos á mirar
Del real del Rey Don Sancho.
Desque á otra parte fueron
Dieron vuelta á los caballos,
Y al cabo de una gran pieza
Soberbios ansi han hablado:
—¿Tendredes dos para dos,
Caballeros castellanos,
Que puedan armas facer
Con otros dos zamoranos,
Para daros á entender
No face el Rey como hidalgo
En quitar á Doña Urraca
Lo que su padre la ha dado?
Non queremos ser tenidos,
Ni queremos ser honrados,
Ni Rey de nos faga cuenta,
Ni Conde nos ponga al lado,
Si á los primeros encuentros
No los hemos derribado:
Y siquiera salgan tres,
Y siquiera salgan cuatro,

Y siquiera salgan cinco,
Y siquiera salga el diablo,
Con tal que no salga el Cid
Ni ese noble Rey Don Sancho,
Que lo habemos por señor,
Y el Cid nos ha por hermanos:
De los otros caballeros
Salgan los más esforzados.—
Oídolo habían dos Condes
Los cuales eran cuñados:
—Atended los caballeros,
Mientras estamos armados.—
Piden apriesa las armas,
Suben en buenos caballos,
Caminan para las tiendas
Donde yace el Rey Don Sancho:
Piden que les dé licencia
Que ellos puedan hacer campo
Contra aquellos caballeros
Que con soberbia han hablado.
Allí fablara el buen Cid
Que es de los buenos dechado:
—Los dos contrarios guerreros
Non los tengo yo por malos,
Porque en muchas lides de armas
Su valor habían mostrado,
Que en el cerco de Zamora
Tuvieron con siete campo
El mozo mató á los dos,
El viejo mató á los cuatro,
Por uno que se les fuera
Las barbas se van pelando.—
Enojados van los Condes
De lo que el Cid ha hablado,
El Rey cuando ir los viera
Que vuelvan está mandando;
Otorgó cuanto pedían
Más por fuerza que de grado.
Mientras los Condes se arman

El padre al hijo está hablando:
—Volved, hijo, hacia Zamora,
A Zamora y sus andamios,
Mirad dueñas y doncellas
Como nos están mirando:
Fijo, no miran á mí
Porque ya soy viejo y cano,
Mas miran á vos, mi fijo,
Que sois mozo y esforzado.
Si vos faceis como bueno
Sereis de ellas muy honrado,
Si lo faceis de cobarde,
Abatido y ultrajado.
Afirmaos en los estribos,
Terciad la lanza en las manos,
Esa adarga ante los pechos,
Y apercibid el caballo,
Que al que primero acomete
Tienen por más esforzado.—
Apenas esto hubo dicho
Ya los Condes han llegado,
El uno viene de negro
Y el otro de colorado:
Vanse unos para otros,
Fuertes encuentros se han dado;
Mas el que al mozo le cupo
Derribólo del caballo,
Y el viejo al otro de encuentro
Pasóle de claro en claro.
El Conde de que esto viera
Huyendo sale del campo,
Y los dos van á Zamora
Con vitoria muy honrados.

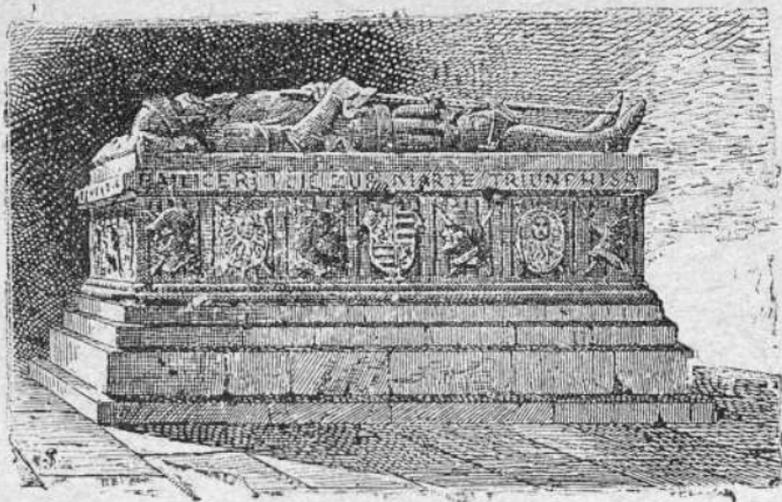
Como cuadro descriptivo, y para que se vea con qué grandeza formulaba sus quejas el valiente Cid Campeador, reproducimos para terminar el libro, el siguiente romance:

Ese buen Cid Campeador,
Que Dios en salud mantenga,

Faciendo está una vigilia
En San Pedro de Cardena,
Que el caballero cristiano
Con las armas de la Iglesia
Debe de guarnir su pecho
Si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y Doña Sol,
Las sus dos hijas tan bellas,
Acompañan á su madre
Ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la Misa,
El Abad y Monges llegan
A bendecir el pendón,
Aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
Y en cuerpo con armas nuevas,
Del pendón prendió los cabos,
Y desta suerte dijera:
—Pendón bendecido y santo,
Un castellano te lleva
Por su Rey mal desterrado,
Bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
Inclinando sus orejas
Dió su prez y mis fazañas,
¡Desdichado del y dellas!
Cuando los Reyes se pagan
De falsías halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luengo mal les viene cerca.
Rey Alfonso, Rey Alfonso,
Esos cantos de sirena
Te adormecen por matarte,
¡Ay de tí si no recuerdas!
Tu Castilla me vedaste
Por haber folgado en ella,
Que soy espanto de ingratos
Y conmigo non cupieran.
¡Plegue á Dios que non se caigan

Sin mi brazo tus almenas!
Tu que sientes me baldonas,
Sin sentir me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
Te prometo las tenencias
Que en las fronteras ganaren
Mis lanzas y mis ballestas.
Que venganza de vasallo
Contra el rey traición semeja,
Y el sufrir los tuertos suyos
Es señal de sangre buena.—
Esta jura dijo el Cid,
Y luego á doña Ximena
Y á sus dos hijas abraza:
Mudas y en llanto las deja.

FIN



SEPULCRO DEL CID EN SAN PEDRO DE CARDEÑA



GLORIAS DE ESPAÑA

LECTURAS PATRIÓTICAS

El objeto de esta publicación periódico-semanal, es recordar por medio de narraciones verídicas, sencillas y al alcance de todos, los episodios más gloriosos de la Historia de España.

Cada tomito, de 32 á 40 páginas, constituirá la narración de un acto heroico colectivo ó de las hazañas y proezas de un personaje histórico, que sean dignos de admiración.

La colección completa formará una galería de lo más noble, bello y grandioso de la Historia de nuestra patria.

NARRACIONES PUBLICADAS

Núm. 1. El combate del Callao.—Núm. 2. La Virgen del Pilar dice... (PRIMER SITIO DE ZARAGOZA).—Núm. 3. El alcalde de Móstoles.—Número 4. Heroísmo aragonés (SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA).—Número 5. La batalla de Lepanto.—Núm. 6. Los somatenes del Bruch.—Núm. 7. La batalla de Bailén.—Núm. 8. María Pita (DEFENSA DE LA CORUÑA EN 1588).—Núm. 9. El sitio de Gerona.—Número 10. Una derrota gloriosa (TRAFALGAR).—Núm. 11. Batalla de los Castillejos. (EPISODIOS DE LA GUERRA DE AFRICA).—Núm. 12. ¡Que viene el Drake! (DEFENSA DE PUERTO RICO).—Núm. 13. ¡La de San Quintín!—Núm. 14.—El general pierna de palo.—Núm. 15.—El Primer guerrillero (JUAN MARTÍN EL EMPECINADO).—Núm. 16. Ignacio de Loyola.—Núm. 17. Covadonga.—Núm. 18. Héroes de Navarra.—Núm. 19. Hernán Cortés.—Núm. 20. Conquista de Granada.—Número 21. D. Francisco de Quevedo.—Núm. 22. El Cid Campeador.

PRECIO DE CADA TOMITO.

En la Península: 10 CÉNTIMOS

EN AMÉRICA FIJAN EL PRECIO LOS CORRESPONSALES.—EN LOS PUNTOS DONDE NO HAYA CENTRO DE SUSCRIPCIÓN, LIBRERÍAS Ó VENDEDORES DE PERIÓDICOS, LAS PERSONAS QUE DESEEN ADQUIRIR LOS CUADERNOS PUBLICADOS, ENVIARÁN 10 CÉNTIMOS POR CADA UNO EN LIBRANZAS, Ó SELLOS DE CORREOS EN CARTA CERTIFICADA, AL ADMINISTRADOR DE «LA ÚLTIMA MODA», CALLE DE VELÁZQUEZ, 56 APARTADO 24, MADRID.

Las GLORIAS DE ESPAÑA alternan semanalmente con las obras de la BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA.